

Mares del Sur

Francisco Gutiérrez



Capítulo 1

- ¡Padre, cuéntame el viaje!

- Ya te lo conté, hijo.

- Padre ¿es cierto que subiendo hacia el norte, se llega a un país donde los árboles y la tierra ofrecen al caminante todo el alimento que pueda desear?

- Y aún más, necesidad jamás pasarás. Los ríos bajan con el agua más pura que hombre haya visto y su solo frescor te deja satisfecho para todo el día.

- ¿Y es cierto que estuviste en el valle de los gigantes?

- Y tuve que salir escondido con mis compañeros para poder contarlo. Jamás conocí terror tan grande ante figuras de cinco metros cuya sola presencia en el horizonte infundía pavor a animales y fieras.

- ¿Y naufragaste en la isla de las serpientes?

- Sí, y tuvimos que estar durante días agarrados a los restos del barco sin poder tomar tierra ante la presencia de temibles ofidios que desde la orilla silbaban de forma siniestra.

- Y cuando llegaste al valle de las siete cuevas ¿es cierto que te encontraste con el gran profeta de la barba blanca que te enseñó el secreto de la suprema felicidad?

- Me haces sonreír pequeño. Quién te habrá contado esas historias. Llegué por cierto, a un valle en el fondo del cual se abría la entrada de una cueva. Era un sitio muy agradable, poblado de fresca hierba, un lugar para descansar pues se respiraba un aire lleno de aromas. Después de reposar durante largas horas, decidí penetrar en el interior. Quién siendo un explorador se puede resistir al embrujo de una cueva oscura o un pozo de negro fondo. Daba la impresión de estar como para ser habitada. En el fondo me encontré con la sorpresa de ver una puerta por lo que supuse que estaba ante la entrada de otra cueva. Después de manipular un resorte que descubrí pude penetrar. Ésta era más oscura pero se podía divisar borrosamente unas inscripciones en las paredes cuyo significado, no pude precisar pero que debían referirse a algún viaje, cosa que deduje por el dibujo de un barco grabado en la pared. En el fondo de esta cueva se encontraba la entrada de la tercera, la oscuridad era completa. A tientas tropecé con un objeto que era una espada. Por el

aspecto me di cuenta que estaba en muy buen estado por lo que pensé que había sido usada recientemente. Penetré en la cuarta cueva, el silencio más sepulcral inundaba la totalidad del espacio. Hasta los espíritus más aguerridos se hubieran sentido impresionados por la oscuridad y el silencio. Mis manos reconocieron la calavera de una fiera o animal gigantesco cuyos restos me eran desconocidos. Seducido y a la vez lleno de temor ante la empresa busqué ávidamente la entrada de la siguiente cueva. El espanto y el miedo comenzaron a hacer mella en mí. Si difícil había sido entrar, más difícil sería salir, por no decir imposible. Estaba obligado a seguir adelante, continuar la búsqueda de más y más interminables cuevas, cada vez más oscuras, más silenciosas, más enigmáticas. Encontré un cofre vacío, en el que había un plano enrollado, debido a la oscuridad no pude ver el camino señalado. Me puse a buscar como un loco la entrada de la sexta cueva, pensando con angustia, si no me encontraría encerrado sin poder salir nunca más. Después de grandes esfuerzos pude encontrar una grieta. Excavé con mis manos frenéticamente y después de horas de trabajo, extenuado, pude atravesar la entrada. Cuál no sería mi sorpresa cuando encontré un lugar con abundante hierba, lleno de una luz difusa y de un clima de tal benignidad que apetecía permanecer allí definitivamente. Y si no hubiera sido por mis muchos viajes que me exigían partir de allí, me hubiera instalado con ánimo de quedarme a vivir, pues era tal la belleza, la comodidad, la bienaventuranza que se respiraba que hasta los espíritus más burdos, se sentirían iluminados por una bondad y sensibilidad sin igual en sus almas con la sola presencia en aquel beatífico lugar. Pero si sorpresa había sido encontrar aquella cueva después de las precedentes, maravilla, espanto, regocijo y admiración fue darme cuenta de que me encontraba en el mismo lugar por donde había entrado a la primera.

Honda reflexión siguió a mi perplejidad y la meditación tiñó mis siguientes días en los que permanecí en aquel valle, al que, si yo no fuera creyente, no dudaría en calificar como el Paraíso Terrenal en el que vivieron nuestros primeros padres.

- Pero ¿y el viejo de la barba blanca que encontraste y te explicó las fuentes de la sabiduría?

- ¡Ah, pequeño! Eso son leyendas que corren de boca en boca. Cierto que en los días que permanecí allí tuve los encuentros más insospechados. Cierto que uno de ellos fue un venerable anciano que había recorrido las siete cuevas y me explicó el significado de cada una de ellas, cierto que salí de aquel lugar con la firme convicción de cuando volviera a mi patria en arreglando las cosas más urgentes haría el equipaje para instalarme definitivamente en el valle, cierto que desde aquel día mis ojos se abrieron ante lo que me rodeaba y mi cabeza conoció el secreto de muchos enigmas que se pusieron ante mí. Desde entonces aprendí a no despreciar ningún lugar en el que me encuentre y a conocer todo aquello con lo que tropiece mi pie. Pero, viejos venerables conocedores de la

fuelle de la eterna felicidad. Bueno, es posible. Yo sólo sé que desde entonces lo oscuro me atrae: las cuevas, los negros pozos de abismo incierto son un interrogante que cualquier aventurero que se precie, no podrá dejar de recorrer aún con riesgo de la vida si fuera necesario. Quién no se ha sentido fascinado ante lo ignoto, ante el abismo que guarda los secretos de una cruel batalla o la cueva que guarda el secreto del gran dragón. Quién no se ha embarcado en ruin velero si fuera necesario en pos de la isla maravillosa, del desierto encantado o del castillo mágico. Te digo, hijo; que no es hombre digno de vivir, quien por miedo a cuatro cuentos de viejas se queda en su miserable cabaña viendo como se le caen las paredes y no se lanza por esos caminos de Dios en busca de la aventura. Y no estoy hablando de héroes ni dioses, no es que piense que el explorador no pasará miedo ni angustia ante los peligros que se le avecinan. Lo pasará y de eso se trata de salir a afrontar el miedo al camino, buscarle en el descampado o en las profundidades de la cueva junto al tesoro que nos espera.

¡Qué importa el peligro y el espanto! Si el miedo más terrorífico no puede venir de serpientes o culebras, ánimas o duendes, sino del que llevamos en nuestra cabeza, entre ceja y ceja. Y si perecemos en el camino ¡Qué importa! Demos la vida por perdida ya. O si no, es que acaso pretendemos no ver que nuestro fin ya está dictado, que nuestra muerte está señalada en el calendario. Pues que nos pille cantando. Que nos agarre con la espada en la mano. Qué nos encuentre entre las fauces del dragón o en los brazos de la sirena. Peligros, angustias, miedos. Naderías ante el único peligro real que te puede acechar: tú y nada más que tú. Me río de las brujas y de los hechiceros, de los magos y de los antropófagos, de los diluvios y de los gigantes. No hay muerte más bella que la que nos alcance en la cumbre de la montaña o en el valle del reino inmenso. Demos la vida por perdida: sólo se puede ganar, sólo hay lugar para el triunfo. Para el triunfo más bello que ser humano puede anhelar: vencer el miedo. Lo demás nos será dado por añadidura.